

# CIUDAD Y TERRITORIO COMO MUNDO DE LAS MIRADAS

Richard Sennett

Sennett sociólogo de profesión, docente de la Universidad de Nueva York, no es desconocido en el campo de la teoría de la arquitectura, tras sus conocidos textos *El declive del hombre público* y *Vida Urbana e identidad personal*, ya traducidos al español, junto a su novela *Palais Royal*. Esta última, junto a *El declive...* y *La Conciencia del ojo*, integran una trilogía que se propone historiar la conformación de las culturas urbanas como una consecuencia de diferentes voluntades perceptuales. Proyectos y construcciones de las ciudades, o transformaciones de los territorios, han ido surgiendo así a través de una historia que articular la política —o el poder— con los paradigmas de la visión, es decir, lo que en cada época se podía o se quería ver, o hacer ver.

«Lo que en otro tiempo fue una experiencia de los lugares, hoy semeja una serie de operaciones mentales flotantes» —dice Sennett (página 12)—, aunque sin exhibir ni una gran nostalgia por la ciudad perdida ni una gran desazón por la urbe posmoderna. Tanto en una como en otra, las historias son posibles, cosa que Sennett se ocupa de desvelar.

Es cierto, empero, que todo tiempo pasado parece haber sido mejor, tanto con más imperio del sujeto como con una división menor

entre mundo privado y público: «La cultura moderna es víctima de una tajante división entre el interior y el exterior. Se trata de una división entre la experiencia subjetiva y la experiencia del mundo, entre el yo y la ciudad» (página 12).

La ciudad-comunidad ideal de los griegos —apuntalada en la «sophrosyne» y la «poiesis»— parece haberse perdido irremediablemente en el tránsito de la historia.

San Agustín proclama las «dos ciudades», con lo que sólo habrá armonía en la celestial. Poco después del momento agustiniano, Isidoro de Sevilla propone una construcción moral y real de la ciudad medieval: «El cristianismo, según Isidoro, no puede practicarse en una «urbs» pagana... el cristiano debe construir una ciudad que sirva de sometimiento a los flujos del alma» (página 26). Y así se da paso a instituciones medievales, como la Iglesia, en tanto que congregación de constructores, la hospitalidad, el refugio, el centro preservado de las furias señoriales, las murallas, etcétera. Lentamente la historia de la ciudad —mezclando poder y representación— va dando paso al «miedo a la exposición» y a una «concepción militarizada de la existencia cotidiana».

Ese cruce de política y espacialidad es una línea que permite reconstruir la experiencia histórica de la ciudad moderna y se expresa, según Sennett, con ejemplaridad en operaciones como el París de Haussmann: «Haussmann imaginó una suerte de colonización de clase en el interior de la ciudad... se propuso crear un París repleto de consumidores exigentes, de conserjes que hacían las veces de espías...» (página 85). He aquí, una consecuencia clara de esta aceleración del manejo perceptual del poder, tal como se advertía en una disposición espacial de maximización del consumo y la mirada/información.

El libro de Sennett —parangonable junto a una genealogía de textos que van desde los de W. Benjamin *Cuadros de ciudades* a los de M. Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire*— tiene, para el público de lo urbano-arquitectónico, la virtud de una escritura nerviosa, ensayística y cribada de apuntes polémicos y reflexivos, como presentar al Mies de los edificios de cristal como legítimo heredero de la sublimidad romántica o mezclar las eruditas explicaciones de la Roma de los obeliscos de Sixto V, con el banal (y riquísimo) análisis cuasi-biográfico de la experiencia de usos de la calle 14 neoyorkina.

Y así, en una agenda de talante casi periodístico —pero no exenta de un rigor sociológico «descontracté»— se pasa revista a las ideas/experiencias urbanas de Arendt, Weil o Beckett, a los aportes plásticos de Leger, Rothko o Balanchine o a la poesía de Crane o Ashbery. Todo intrincado como en una escritura amable, casi de «videoclip». Se me ocurre compararlo, por la frescura del texto y la riqueza de las metáforas, con ese otro iconoclasta americano que es Tom Wolfe (por cierto, el Wolfe periodista).

Vertiginoso y al mismo tiempo erudito, el libro vale la pena y puede dar pistas para un intento de reconstrucción del mundo al que llegamos. Da cuenta, finalmente, de esa pasión representativa del poder occidental, como, por ejemplo, en s relojes que Isaak Haprecht, en pleno Renacimiento, debía encaramar en las torres de Estrasburgo, Ulm, o Heilbrom, para reconstruir —en su mirada omnisciente— el paso de un tiempo que, como signo de modernidad, tendía a regimentar el espacio (R. F.).

■ RICHARD SENNETT: *La conciencia del ojo*. E. Versal. Barcelona, 1991 (edición original de 1990), 317 páginas. ■